

JAVIER TUSELL

Catedrático de Historia Contemporánea. Miembro del Consejo Editorial de EL MUNDO



Los cucos de El Pardo

EN los meses anteriores a la proclamación de la Segunda República don Ramón del Valle Inclán, que estaba en una posición política muy antimonárquica (o, más bien, antialfoncina) anunció que seguiría añadiendo nuevos tomos a su serie *El Ruedo Ibérico* que había venido publicando hasta entonces. Aparte de una de las cumbres de la literatura española, esta serie tenía un contenido político bien preciso: se trataba de, evocando los «amenes isabelinos», es decir la agonía del reinado de Isabel II, preparar también los de su nieto, el monarca reinante.

Valle Inclán no llegó a concluir la serie pero, por lo menos, anunció cuál iba a ser el título de uno de los libros que iba a escribir: *Los cucos de El Pardo*. Ya se puede imaginar el contenido de ese libro. De seguro Valle Inclán iba a presentar a los dos artífices de la Restauración, Cánovas y Sagasta, como dos sinvergüenzas descarados dispuestos a repartirse el país mediante un pacto subterráneo que implicaba beneficios mutuos y glacial indiferencia ante el destino del país.

La propuesta que ha hecho Aznar de reanudar los pactos de El Pardo me ha recordado no a los políticos de la Restauración sino al libro que Valle Inclán nunca llegó a escribir. La verdad es que empieza por no entenderse por qué el joven líder del PP elige esta comparación histórica, aunque es de sospechar que no ande muy ducho en estas materias.

Los pactos de El Pardo nacieron en unas circunstancias que están a muchos años luz de las que se viven en España en el momento presente, de manera que no viene a cuento aludir a ellos ahora. Cuando nacieron había un régimen monárquico todavía no muy sólido en que no había existido aún una alternativa de Gobierno a quienes lo habían fundado. Hoy en España la consolidación de la Monarquía nadie la puede poner en duda y la alternativa se produjo hace más de una década.

INTEGRACION.— Los pactos de El Pardo no tuvieron un contenido concreto sino que consistieron en un genérico deseo de turnarse, cuando en 1993 lo que nos resulta urgente es acuerdo sobre cuestiones precisas, en especial de carácter económico.

El pacto de El Pardo fue una operación paraconstitucional para incluir en el área de consenso de fondo a quienes no estaban en ella mediante la

admisión de determinadas medidas legislativas pero ahora esa identidad absoluta existe ya en el texto de 1978. El pacto de El Pardo se basaba en un bipartidismo absoluto que ahora no existe ni parece que vaya a darse. Lo más desgraciado de la metáfora de Aznar es que el llamado «Pacto de El Pardo» mantiene un aroma de corrupción que era el que le hizo a Valle Inclán dar ese título a su imaginado libro.

Cánovas y Sagasta pactaron y con ello llegaron al turno pacífico pero la imagen que con ello dieron fue la de condenar al país al inmovilismo y a una adulteración sistemática de las elecciones entendiéndose debajo de la mesa y tapándole la boca de paso a los españoles a la hora de las decisiones. La realidad es bastante más complicada que eso pero la imagen que quedó fue ésa.

La metáfora histórica de

a metáfora histórica de Aznar es desafortunada pero lo más peregrino es que resulta en contradicción con su estrategia poselectoral

Aznar es desafortunado pero lo más peregrino es que resulta estar en directa contradicción con lo que ha sido su estrategia durante el período poselectoral. Yo he creído siempre que hay dos cuestiones que hubieran podido motivar un gran acuerdo nacional (la regeneración política y la crisis económica) y que, en cualquier caso, no había que renunciar, como simple posibilidad, a una gran concentración, que es una fórmula válida de Gobierno como cualquiera otra. Sin embargo lo cierto es que esta posibilidad sólo tiene sentido si es impuesta por la opinión pública por encima de los partidos mientras que en la práctica ha sido arruinada como tal por la

voluntad confluyente de varias fuerzas políticas entre las que le ha correspondido un singular papel a la que preside el Sr. Aznar. Este no sólo ha actuado así sino que cabe preguntarse si no se habrá pasado a la hora de hacer oposición desde junio hasta ahora.

Después de una ejemplar reacción tras conocer que los resultados no le habían dado la victoria, Aznar mantuvo un prudente silencio durante unas semanas. Luego, sin embargo, ha mantenido unas posiciones que uno quisiera menos irresponsables. No se pueden pedir elecciones generales inmediatamente después de haberlas celebrado: así lo hicieron derechas e izquierdas durante la República y así de mal acabó el asunto. Si uno quiere ser presidente no se debe ejercer de cervantino «enano de la venta» amenazando con revelar inmundicias (caso KIO y caso Solchaga) que a continuación se olvidan. No se puede hacer demagogia con el 15%, aunque parezca rentable a corto plazo. Pero, además y sobre todo, si uno hace todo eso al mismo tiempo carece de sentido pretender firmar un pacto de El Pardo con el adversario por la sencilla razón de que el conjunto resulta maloliente.

COOPERACION.—Supongamos que Aznar ha querido decir que está dispuesto a no obstaculizar de manera radical a un PSOE que ya no tiene mayoría absoluta. Eso parece lo correcto y lo deseable, lo que debiera haber hecho González en 1979-1982 y lo que uno desearía ver en el PSOE cuando esté en la oposición. En ese caso la posición de Aznar merecería alabanzas. Lo que no tiene sentido es practicar las dos políticas a la vez, porque son contradictorias y el pretender hacerlas compatibles produce una sensación errática. No basta, de todos los modos, anunciar el deseo de un pacto tardío después de haber seguido encasquillado en un lenguaje propio de período electoral durante unos meses.

En la España de 1993 se llega a ser Cánovas (es decir, alternativa) no proponiendo pactos ficticios sino conviniendo con programas porque el elector es responsable y no puede ser manejado por el caciquismo, como durante la Restauración.

Ahí es donde nos gustaría a muchos independientes ver al PP. No, por supuesto, en la defensa de un tipo de pactos que, a estas alturas y por su misma denominación, recordaría al título del libro de Valle Inclán.

CONTRA LA CONFUSION

La transición, de Franco a Fraga

ANTONIO GARCIA-TREVIJANO

El apoyo electoral al Sr. Fraga plantea, o debería plantear, serias cuestiones de orden moral y político sobre la naturaleza del régimen de poder que padecemos. ¿Por qué el pueblo gallego sostiene la ambición de un conspicuo defensor de la dictadura y violador de los derechos humanos? En el ambiente cultural de la transición, una reflexión de este tipo es flor de cacto que nunca lucirá en el ojal de los escritores de prestigio. Ninguno que se precie dirá la simple verdad descriptiva de los hechos. O sea, que esto no es una democracia. Que el pueblo no elige cuando refrenda una de las listas impuestas desde arriba. Que el Estado de partidos, como sentenció el Tribunal Constitucional de Bonn, no es representativo. Que el poder lo constituye un oligopolio de partidos. Que su funcionamiento exige la falta de control del gobierno, la impotencia parlamentaria, la dependencia judicial, el reparto de los medios ideológicos y de los empleos en función de las cuotas de partido, la corrupción institucional. Y que las ideas dominantes son pura propaganda de unos anticuados tópicos democráticos con los que se disfrazan la realidad oligárquica. Si los intelectuales no osan decir estas verdades irrefutables, no debemos esperar que la masa de electores, sujeta a pasiones más elementales, los supere en conciencia y valor.

El temor de los intelectuales a nadar contra la corriente del oportunismo deriva de su necesidad vital de ver reconocido su talento por los que no tienen ninguno. Sólo pueden andar sin vacilar los que no temen caer en desgracia porque perdieron, o nunca tuvieron, la creencia de que la verdad sea un asunto que dependa, como el poder, de su reconocimiento público. La ilusión del pragmatismo terminó en los hornos crematorios y en la verdad social creada por la propaganda. El realismo político, que amputa la realidad virtual para perpetuar la realidad realizada, es desde entonces una ideología del cinismo social. El miedo a la soledad inhibe el pensamiento crítico a la vez que su expresión. Por eso denota malicia, inseguridad y falta de educación cultural el hecho, para mí escandaloso, de tener que dar explicaciones, por miserable que sea la sociedad que las exige, para justificar la expresión de un pensamiento justo o de una descripción exacta. Como la de que el Sr. Fraga fue casi toda su vida un autoritario fascista y, al final de ella, un dislocado oportunista que está donde siempre ha estado. En la realidad de la Autoridad y de la Administración única. En el Estado totalitario o en la Autonomía total. Después de convivir bajo un pacto de silencio sobre el pasado, impuesto a la memoria generacional por un concierto de voluntades políticas y editoriales, el partido de Aznar considera «casus belli» que el portavoz del grupo socialista haya recordado el pasado franquista de Fraga. Un pasado del que éste se siente orgulloso para escarnio de sus votantes «demócratas».

Pero los espectros del pasado retornan a la escena, como en la célebre pieza de Ibsen, para dar sentido a los personajes de esta irrisoria transición. Una ambición común de reparto diluyó el antagonismo de los principios en un pacto entre las facciones socialista y franquista. Y ahora, cuando ya no tienen principios por haberse convertido en dos máquinas que rivalizan por el poder, no pueden soportar que se recuerde lo que eran cuando los tenían. La connivencia en la ocultación de su pasado permitió su convivencia futura. Mientras el franquismo residual necesitó del olvido perdonavidas de los socialistas, era el partido González quien tapaba las raíces dictatoriales del partido Fraga. Ahora, que el partido de Aznar es alternativa de gobierno, le amenaza con resucitar su espectro. Aquel pacto de silencio no tuvo causa moral o patriótica. La reconciliación política entre sentimientos adversarios no puede brotar, aunque se pretenda, de un pacto de la voluntad de olvidar. La ley del olvido obedece al imperio del tiempo y a la fuerza inconsciente de nuevos intereses vitales. Y nada fue inconsciente en el pacto de no hablar del pasado para salvaguardar posiciones personales de poder, contra el derecho de los pueblos a conocer la verdad de su propia historia. Todo pacto de secretarior lo público es un pacto contra la democracia. Así se explica el sentido de la transición. Un pacto de silencio sobre el pasado ha permitido que un jefe socialista haya hecho transitar al Estado y a la sociedad, en nombre de la libertad, desde Franco a Fraga.